

tierra, para que la limpieza de sus hijas vírgenes lavase el cieno del sensualismo de los felices del siglo. Luchar con el protestantismo, sin tregua y sin descanso hasta derribarlo, era la mision de San Ignacio de Loyola; levantar el monumento viviente de todas las virtudes negadas ó desconocidas por el protestantismo, fué la mision de Santa Teresa de Jesus. El atleta derriba mientras la vírgen ora.

¡Grande es el Dios que con una débil mujer confundé á una heregía y contiene los mares con solo un dique de arena!

En sus "Cartas," en sus "Avisos" y en sus "Constituciones" ha legado al mundo Santa Teresa la historia y el espíritu de sus fundaciones. Monumento inmortal de su piedad y su sabiduría que los siglos respetándolo íntegro lo han dejado, sin borrar una sola tilde de sus magníficas inscripciones. En sus "Cartas," donde su espíritu se ha esparcido con más libertad, y en las que parece entrar en una confidencia universal con todas las almas amantes de la virtud, se leen con pasmo las contradicciones sin número que tuvo que soportar, los incontables obstáculos que tuvo que vencer, para lograr que fuese aceptada y establecida la reforma que Dios le inspirara, para que la órden del Carmen volviese á su prístino esplendor.

Asombro causan su fortaleza y su

constancia, su paciencia increíble, y para decirlo todo en frase profana, su ínclito heroísmo. Heroísmo, sí, pues no son héroes los que arrastrados por el vértigo insensato de sus pasiones, llegan hasta el sacrificio de sí mismos en aras de su propio orgullo. Fuera de la vida cristiana, ningun heroísmo es posible. El que no se sacrifica por amor de Dios, y en pro de sus semejantes por amor del mismo Dios, no es un héroe, sino un insensato. A los ojos, no solo de la piedad, sino de la razon, más heróica es Santa Teresa arrojando en el rincon de una celda, y por el amor de Dios, todo el recio vendabal de los dolores del alma, que el ardor brutal de los triunfadores, que, impulsados por su orgullo, derraman sin piedad la propia sangre y la agena, aun cuando estos triunfadores lleven por nombre Federico II, Carlos XII ó Bonaparte.

Como fundadora, un doble monumento ha legado al mundo Santa Teresa; el de sus heróicos esfuerzos y el de sus fundaciones incontables, canal amplísimo por donde el cielo ha inundado de gracias á la tierra. Esta fué la fundadora! Si la admiracion y el silencio son el mejor elogio á la escritora, el único digno de la fundadora será el himno de gratitud de la humanidad reconocida. ¡Feliz Teresa, cumpliósese en tí la palabra santa! "El que á la enseñanza junta la buena obra, ese es

el que tendrá buen lugar en los cielos."

El espíritu de nuestro siglo está maquinando una gran iniquidad, y ya asoma á sus labios la blasfemia que intenta proferir. Llenando de elogios á la poetisa y á la sábia, quiere como hundir en el olvido á la santa, arrojando sobre ella un denso sudario de silencio. Santa Teresa es grande á los ojos de la posteridad en letras y en fundaciones, porque era santa. Quitadle las letras y dejadle la santidad, y sin ellas tan grande será como con ellas. Mas si la santidad se le quita, nada es entonces ante Dios y ante los hombres. La santidad es la sola raiz y fundamento de su grandeza abundadora.

A pesar de su magnitud insólita, pequeños son la fundadora y su genio al lado de la Santa. Todas las cosas deben dirigirse á su fin y obrar segun su naturaleza. El alma humana, inteligente y libre, por fin tiene que conocer y amar á su Creador, hasta perderse en Él, como los rios se pierden en el mar. Un conocimiento de la Verdad, henchido de amor, y este amor palpitando de una delicia inacabable y plena, es el fin de nuestras almas, único término digno de ellas y de Dios, que de la nada las formó para que fuesen inmortales.

Una alma es más perfecta á medida que más se une por la inteligencia y por el amor á la inteligencia y á la bondad infinitas. Las virtudes son como las alas con que las almas vuelan hácia ese firmamento luminoso de la verdad y del bien, en cuyo centro Dios irradia como un sol sempiterno de infinito amor. Si nos fuera dado ver cara á cara el alma de Santa Teresa caeríamos muertos de asombro como heridos de un rayo, ó quedaríamos ciegos como ante el rostro resplandeciente de un querubin. Esa alma donde tantas virtudes anidaron mientras estuvo presa en su cuerpo mortal, más luminosa debe brillar en los cielos y en medio de los bienaventurados, que brilla en nuestro firmamento la estrella de la tarde en los serranos crepúsculos del otoño.

Sería tarea superior al humano esfuerzo narrar una á una las virtudes que adornaron esa alma tan limpia, tan ardorosa y tan bella. Innumerables biografías se han escrito de Santa Teresa, y no han bastado para completar el amplio dechado de sus virtudes. Las más poderosas inteligencias han cabado durante siglos sobre la rica mina de sus transportes de amor divino, y aun no le encuentran el fondo. El Padre Ripalda, su confesor ilustre, vuela en pos de ella y se detiene falto de aliento sin poder seguirla; San Juan de la Cruz tampoco se siente con alas bastante poderosas para acompañarla en su alto vuelo. Fenelon

más tarde, el cisne de Cambray, el preceptor de los reyes y el mentor de los pueblos, intenta seguir sobre las huellas que Santa Teresa dejara en sus escritos y solo puede, anonadado de admiración, exclamar: "Antes olvídeme de mí mismo, que olvidarme pueda de Teresa de Jesús." Solo ella pudo ser digna biógrafa de sí misma.

No faltó á su gran santidad, ni que el infierno vomitara sobre ella blasfemias por medio de la inmunda boca de Voltaire.

Si ante la Santa callan las lenguas de los grandes maestros y de los grandes santos, ¿qué nos cumple hacer á nosotros miseros gusanos que vivimos en el cieno y nos agitamos en las escorias del tráfico banal de este mundo de maldad? Sólo nos es dado de rodillas y al pié de sus altares, pedirle que ella, que llegó ya al término feliz de la jornada, envíe sobre nuestras frentes un rayo de luz de su fúlgida aureola para que alumbre nuestro áspero sendero, un rayo sobre los nuestros, del amor de Dios que abrasó su corazón.

Teresa de Jesús! Escritora insigne fundadora ilustre, santa amada del Señor, justos son los loores que el mundo entero en estos momentos por doquier entona en honra tuya. En el himno que hoy levantan en tu honor todas las lenguas civilizadas, no dejes de escuchar con especial complacencia nuestro acento que fué el tuyo. Es tu fiesta para nosotros una fiesta de familia. Hablamos la hermosa lengua que tu hablaste, unos mismos fueron nuestros padres, la sangre que hizo latir tu hermoso corazón, es la

misma que atravesando los mares con Don Hernando el de la fé de apóstol y el de la espada incontrastable, circula hoy en nuestras venas y alienta nuestras vidas.

Teresa de Jesús! Tú que tanto puedes ante el trono del Señor, del Dios poderoso y justo, por quien los pueblos viven, que levanta las razas ó las abate, según los designios impenetrables de su sabiduría infinita, ruégale que arroje una mirada de compasión sobre la noble España y la muchedumbre de sus incontables generaciones en el mundo de Isabel y de Colón! Que despierte de su sueño España, nuestra ilustre abuela, para que con la grandeza de su fé y de su genio, el heroísmo de su corazón y la pujanza de su diestra, de nuevo llene la amplitud de dos mundos.

Que bendiga también en nosotros á los hijos de sus hijos! Ya crece y se encrespa la ola, ya el alud se está formando, la tormenta y la inundación avanzan..... Ay, Teresa! si ahogados quedan en ellas nuestra sangre y nuestra habla, ¿quiénes entonces podrán aquí, sobre este fértil suelo, alabar al Señor Dios nuestro con toda la férvida fé de nuestra raza y el sonoro acento de la hermosa lengua que fué tuya?

NECROLOGIA.

El día 4 del corriente falleció en esta ciudad el Sr. Capellan Mayor del Santuario de San Juan, D. Agustín Rodríguez. El día 13 murió en San Pedro el Sr. Presb. D. Manuel Lemelí. R. I. P.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 4.

Guadalajara, Abril 8 de 1883.

NUM. 7.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

ENCICLICA

De Nuestro Santísimo Padre por la Divina Providencia Papa Leon XIII, á todos los Arzobispos y Obispos de España.

(Concluye.—Véase el núm. anterior.)

Ahora bien: teniendo presente las parcialidades que en estos tiempos agitan los ánimos de muchos, no solo exhortamos sino aun rogamos á todos los españoles que se acuerden de este deber de tanta monta. Y señaladamente procuren con todo ahinco observar la modestia y la obediencia los miembros del clero, cuyas palabras y hechos ciertamente tienen muchísima fuerza para ejemplo de los demás. Sepan que los trabajos que emprenden en el desempeño de sus cargos, entonces serán, sobre todo, provechosos para sí, y saludables para sus pró-

jimos, cuando se ajustaren á las órdenes é insinuaciones de aquel que tiene en sus manos las riendas de la diócesis. Ciertamente que no corresponde á su deber el que los sacerdotes se entreguen completamente á las pasiones de partidos, de manera que pueda parecer que más cuidado ponen en las cosas humanas que en las divinas. Entiendan, pues, que deben guardarse de salir los límites de la gravedad y moderación. Con esta precaución seguros estamos de que el clero español, que con su virtud, con su doctrina y con sus trabajos ha prestado tantos servicios en beneficio de las almas y para bien de la sociedad, los irá cada día prestando mayores.

Para ayuda de su obra, juzgamos no poco á propósito aquellas asociaciones que son como cohortes auxiliares para el acrecentamiento de la religion católica. Así que alabamos el establecimiento é industrias de las mismas, y grandemente que, creciendo en número y celo, lleven cada día frutos más copiosos. Mas como estas se proponen la defensa y dilatación de la causa católica, y